

ROQUE SAN ROQUE ROQUE

(Calamocha, 1896 - 1986)

HISTORICO DANZANTE DEL BAILE DE SAN ROQUE DE CALAMOCHA

**José de Jaime Gómez
Jose M.^a de Jaime Loren**

En los años que llevamos ya trabajando en la elaboración de un Catálogo de personalidades destacadas de la comarca, hemos tenido la oportunidad de comprobar como la inmensa mayoría de los mismos, tras nacer en cualquiera de nuestros pueblos, han ido a desarrollar las actividades que les han dado fama y notoriedad, generalmente, muy lejos de sus lugares de origen. Sin embargo, algo existe en este paisaje duro y entrañable que, desde sus primeras edades, acierta a imprimirles un sello especial y característico que fácilmente se aprecia en su comportamiento o en sus escritos. Parece como si los primeros contactos de infancia y adolescencia, lo mismo en su vertiente afectiva y social que en la del hábitat natural, condicionen y modelen en cierta medida su futura personalidad.

Hoy no vamos a traer aquí ningún ilustre y encumbrado personaje, vamos, eso sí, a presentar uno de tantos calamochinos que con su anónima y desinteresada colaboración han hecho posible el clima humano y cultural que hoy se respira en Calamocha, al menos en lo que hace referencia al mantenimiento de nuestras tradiciones más enraizadas. Que nadie busque pues en este trabajo otras referencias bibliográficas que las que nos hemos procurado en la discreta encuesta personal entre la gente que lo conoció y que lo trató, puede decirse que hasta hoy nadie se ha ocupado de su persona, con todo, su fiel patrono es seguro que lo contará entre sus devotos más señalados.

San Roque desde los orígenes

El lugar concreto donde vino al mundo se ignora, más, poco importa, pues a todos los efectos siempre se consideró un calamuchino más. El hecho es que una fría mañana de invierno, el 3 de marzo del año 1896, a la puerta de la ermita de San Roque, junto al antiguo hospital y refugio que daba gratuito cobijo a peregrinos y caminantes, envuelto en los correspondientes pañales fue abandonado a su suerte. Y su suerte fue que al cabo de cierto tiempo, una bendita mujer del pueblo que atendía por Rufina, al escuchar los repetidos gimoteos del recién nacido, que ya debía de estar sintiendo en sus tibias carnes el helado cierzo de las mañanas del invierno turolense, se aproximó entre curiosa y atemorizada a comprobar el origen de tan lastimeros lloros. ¡Cómo nos hubiese gustado ver la cara de la buena Rufina al contemplar su precioso hallazgo! Más, poco duró la sorpresa, ni corta ni perezosa consciente del riesgo que corría la criatura, aterida de frío y posiblemente hambrienta, marchó a la Casa parroquial a toda prisa.

El problema se le planteó entonces a D. Francisco Garzarán, a la sazón Cura Ecónomo de la villa. ¿Qué podía hacer él con el pequeño regalo de San Roque? Pero como estos avezados curas rurales, de raída sotana curtida por soles y rosadas solían tener recursos para todo, echó sus cuentas y recordó como por aquellos días la Sra. Pía –madre de los Barrados– había perdido un niño al nacer y tenía por tanto abundante leche materna, mosén Francisco le mandó llamar a escape y le expuso el problema de la crianza del pequeño. Tras consultarlo con su esposo y dadas las circunstancias, la buena señora decidió adoptarlo y criarlo como uno más de sus hijos. Aquí merece la pena destacar el buen sentido del sacerdote al entender que la mejor casa de beneficencia que podía acoger al niño era precisamente el seno de un hogar normal y corriente, con el calor de los padres y de los hermanos, y por otra parte el hermoso ejemplo de solidaridad de la familia que lo acogió con todo cariño.

Surgió entonces la duda del nombre más apropiado que cabía adjudicarle al pequeño, se pensó en el santo del día pero como se le consideraba como una especie de regalo del santo de Montpellier, la tarde misma del hallazgo se le impuso por nombre Roque, y por apellidos San Roque de primero, y nuevamente Roque de segundo. Así pues, quedó para siempre con el sonoro nombre con que se inscribió en el Libro de Bautizados: Roque de San Roque Roque. Siendo de notar que actuó como madrina la feligresa Manuela Martín.

Devoción y folklore popular

Conviene aquí ya destacar un detalle curioso de los muchos que durante toda su vida ligarán a nuestro recién bautizado con la figura del patrón. No es solamente el hecho decisivo de venir prácticamente a nacer al pie de su ermita, sucede también que es precisamente el párroco de entonces D. Francisco Garzarán uno de los rectores que más se han preocupado por investigar y anotar todos los detalles históricos y religiosos que consideró de interés a cerca de la ermita y de la devoción popu-

lar hacia San Roque. Por el archivo parroquial andan dispersos apuntes manuscritos esperando la oportunidad de que algún curioso se acerque a escudriñar esta faceta de nuestro pasado. Por ello estimamos que debió de encarrilar desde un principio la educación del joven Roque en el amor y el cariño hacia su santo protector.

Su infancia y juventud, por lo demás, en poco debió de diferenciarse a la de los demás chicos del pueblo, mientras pudiera asistiría a las escuelas municipales y enseguida, en cuanto aprendiera los rudimentos imprescindibles para valerse por si mismo, se dedicó a la agricultura como la mayor parte de sus convecinos. Al calor y al abrigo de su familia se fue haciendo como decimos por aquí un hombre de provecho, pero conservando siempre una enorme querencia afectiva hacia San Roque. Así, cuando año tras año fue consolidándose el Baile procesional, que en un principio iniciaron unos cuantos feligreses agradecidos o cumplidores de una promesa por escapar del temido cólera morbo de 1885, en el momento que las fuerzas se lo permitieron, con escasos 7 u 8 años, se incorporó a la entonces exigua nómina de bailarores que acompañaban procesionalmente al patrono por las calles de la villa.



1.^a Su rostro arrugado y curtido por los aires denota la seriedad y la grandeza de su carácter.

Sobre su forma de ser, por diferentes testimonios sabemos que tenía muy buen carácter, puede decirse que prácticamente era amigo de todo el pueblo, a mayor abundamiento ahí van algunas opiniones recogidas literalmente entre quienes lo trataron con asiduidad:

“Tenía un carácter más bien serio pero con un corazón como la copa de un pino, siempre le gustó respetar a los demás y tenía el valor suficiente para hacerse respetar, a su vez ayudaba a aquel que precisaba de su ayuda, y la honradez fue su mayor baluarte, pues parece como si Dios le ayudase siempre recogiendo continuamente extraordinarios frutos de su trabajo ya que era trabajador como nadie”.

Recuerda su hijo como anécdota que absorto en sus labores solía pasársele incluso la hora de comer, y que a menudo en la mesa acostumbraba a reservar a sus hijos los bocados más gustosos. Con amor filial recordará la memoria de su padre en estos versos que citamos a continuación:

¡Viva San Roque!
He venido a saludarte
y a darte los buenos días
porque tengo aquí una pena
que me resta la alegría.
Tengo a mi esposa y mis hijos
de un valor incalculable
tengo a todos mis hermanos
con sobrinos formidables.
Tengo salud y trabajo
tengo el amor de mi madre
pero tengo aquí una pena
porque no tengo a mi padre.
Mi padre me transmitía
la honradez y la firmeza
como todo padre a un hijo
aunque él nunca lo supiera.
Por eso hoy siento su ausencia
y añoro su protección

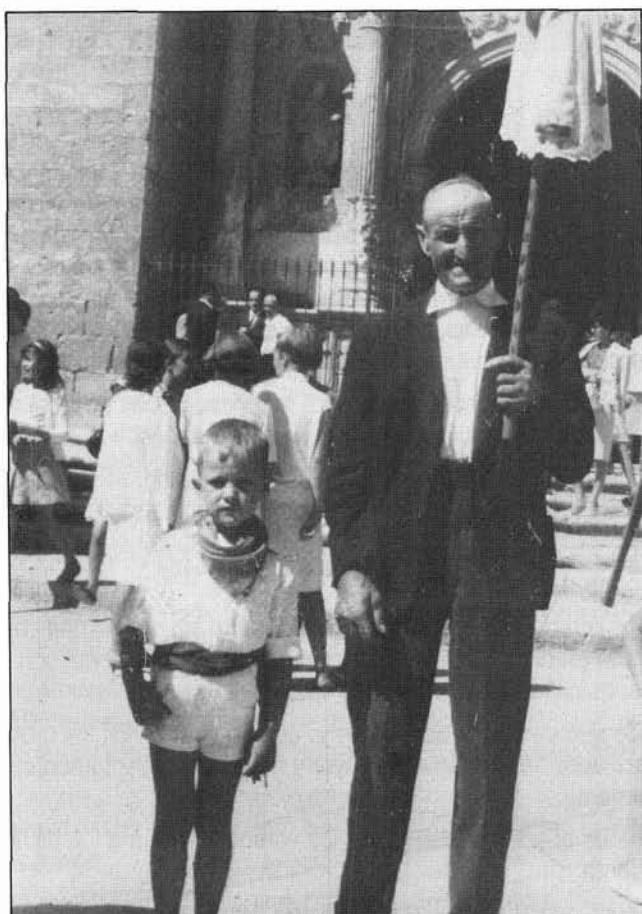
y por eso hoy vengo a pedirte
tu ayuda y tu bendición.
Desde mi más corta infancia
me enseñó con ilusión
a venerar a San Roque
y su bella procesión.
Aquel si que te quería
con reverencia infinita
no todos tienen la suerte
de nacer junto a tu ermita.
Fíjate si te quería
glorioso y Santo Patrón
que hasta en su lecho de muerte
te lucirá eternamente
con orgullo y devoción.
Y seguro estoy plenamente
que si escucha mis palabras
se ha de sentir sonriente
si por tí son escuchadas”.



2.^a Había cumplido ya los 70 y seguía asistiendo a las procesiones.

Muchas fueron sus parejas del baile, muchas fueron también las circunstancias personales por las que debió atravesar, pero siempre, al llegar el día y el momento señalado, allí se encontraba fiel, empuñando sus castañuelas con las mismas manos que quizás sólo unas horas antes habían estado segando con la hoz en el campo o regando por cualquier pieza con su azadón en mano. Sin aspavientos ni alardes, con la sencillez campesina del agradecimiento y del fervor, el buen Roque bailó durante muchísimos años ante la peana de su doble patrón, por calamochino y por tocayo. Nunca fue inconveniente para cumplir con su cita anual ni la boda con Victoria Parrilla Jorcas el día del Pilar de 1920, ni los nacimientos y quehaceres que le acarrearón sus siete hijos, ni mucho menos las importantes labores de la tierra que en estos días de agosto reclaman toda la atención de los labradores. Bien sabía Roque que hacía más falta ese día en la procesión que en el campo. Hoy, cuando escuchamos los dichos de su hijo José, advertimos las inquietudes campesinas que destilan éstos, que imploran a las alturas el agua benefactora que fertilice estos siempre sedientos campos de Aragón y que haga a su vez productivos los enormes esfuerzos que exige su cultivo. Sin duda que evoca entonces sensaciones y pensamientos otrora familiares.

Y así, hasta que el peso de los años y de las fatigas se lo impidieron ya cumplidos los 70, continuó un año y otro año bailando a San Roque este modesto campesino de Calamocha, que figuró entre los pioneros de la más importante de nuestras manifestaciones folclóricas, que, enlazando con el viejo Dance, acaba de cumplir sus primeros cien años de historia. Por eso, cuando nos planteamos iniciar un estudio sistemático del mismo, queremos traer el recuerdo de uno de sus míticos fundadores, quien, en una paradoja más de su vida, vino a morir un 23 de febrero de 1986, precisamente el año del Centenario del Baile. Debió de entender San Roque que había llegado ya el momento de traerlo a danzar a su presencia.



3.^a Abuelo y nieto, con el palitroque de los dichos y con las castañas, acompañando una vez más al Santo.